

miento, siendo entre todas las clases de la sociedad la más fuerte y poderosa, presumió que en todas las relaciones sociales había desorden, perturbación y anarquía, no pudiendo concebir que no residiera el Poder y no estuviera el derecho en donde estaba la fuerza. Y viendo todos estos desórdenes y todos estos trastornos en las relaciones naturales de las cosas, quiso reformar todas las instituciones humanas.

Nada hay que no sea lógico y providencialmente necesario en esta loca ambición de la Filosofía, que tantos vértigos había de causar al mundo, que tantas plagas había de traer sobre los hombres y tal tesoro de calamidades había de derramar sobre la tierra. La Filosofía se separa de Dios, niega á Dios, se hace Dios. Hecha Dios, se reviste á sí propia de aquellos atributos, en virtud de los cuales la Divinidad con una palabra destruye, y con otra saca al hombre del polvo y al mundo del caos. Por eso, así como Dios hizo al hombre á su semejanza é imagen, la Filosofía quiso hacer á la sociedad á su imagen y semejanza. Por eso, á imitación de Jesucristo, que dió su Evangelio al mundo, quiso dar su Evangelio á las sociedades, mostrándolas, en medio de las tempestades de la revolución, como Moisés, coronada la frente de rayos desde la cresta tempestuosa del Sinaí, las nuevas tablas de la ley, en donde estaban escritos los *derechos imprescriptibles del hombre*. Así, la revolución francesa debía ser lógicamente el sangriento comentario y el término providencial de la emancipación de la razón humana, como también el último de sus extravíos.

Con esta revolución tiene principio el tercer período de las alianzas europeas. Los intereses materiales, que habían comenzado á prevalecer sobre el principio religioso, perdieron entonces toda su importancia en presencia de un interés más grande, más general, más exigente en presencia del nuevo símbolo de la nueva fe que sus fanáticos sectarios querían imponer á todas las gentes con la espada y con el fuego, llevándole como signo de redención, si posible fuera, hasta los remates del mundo. Los Reyes temían por su poder, los pueblos por

sus creencias, y todos por las antiguas y venerandas instituciones que había sancionado la Historia, que se habían identificado ya con las costumbres como obra lenta y trabajosa de la sabiduría de las generaciones pasadas, y como resultado del transcurso de los siglos. Por eso sucedió que, aplazadas para tiempos más bonancibles sus contiendas y varias pretensiones, y reprimidos sus odios, así los Príncipes como los pueblos se unieron entre sí para atajar la corriente de la revolución con una estrecha lazada. Jamás la Europa había visto formadas en más corto espacio de tiempo un número mayor de coaliciones generales contra una nación á quien sus escándalos y sus crímenes habían puesto fuera de la humanidad y fuera de la ley. Juntos combatieron entonces los que pertenecían á la comunidad de la Iglesia católica, de la Iglesia griega y de la Iglesia protestante. Juntos combatieron al enemigo común las razas alemanas, eslavas y normando sajonas, y en un mismo campamento se vieron vivaquear los soldados de todas las naciones.

De lo dicho hasta aquí resulta: primero, que en todos los grandes períodos en que la historia moderna se divide, las guerras y las alianzas son determinadas por un principio dominante; desde la destrucción del Imperio romano hasta la paz de Westfalia, el dominante es el principio religioso; desde la paz de Westfalia hasta la revolución francesa, los intereses materiales son los que predominan, y las alianzas y las guerras tienen por objeto resolver la cuestión del equilibrio del mundo; desde la revolución francesa el principio político prevalece sobre la cuestión religiosa y sobre la del equilibrio europeo, y las guerras y las alianzas tienen por objeto resolver si las sociedades se han de constituir monárquica ó democráticamente, si ha de triunfar la Historia ó la Filosofía. Segundo, que todos estos períodos históricos se diferencian entre sí porque están dominados por principios diferentes, y se parecen entre sí porque esos diversos principios dominan á las sociedades de un mismo modo, y porque las sociedades obedecen á

su imperio de una misma manera. Viniendo á resultar de aquí que en todas las épocas sociales hay diversidad é identidad á un mismo tiempo, siendo esa diversidad y esa identidad combinadas la ley de las naciones, del género humano y de la Historia. Que todos esos períodos históricos se diferencian entre sí porque están dominados por principios diferentes, es una cosa clara á todas luces; que se parecen entre sí porque esos diversos principios dominan á las sociedades de un mismo modo, y porque las sociedades obedecen á su imperio de una misma manera, es un hecho susceptible de fácil demostración, si por ventura no está ya por sí mismo bastantemente demostrado.

En la primera época, los Príncipes cristianos estuvieron frecuentemente divididos entre sí á causa de sus intereses materiales, y, sin embargo, siempre hicieron el sacrificio de sus intereses á la dominación del principio religioso; cuando aquéllos movían sus ánimos á la guerra y éste á la paz, siempre ajustaron paces entre sí y renunciaron á la guerra. En la época segunda, los Príncipes estuvieron frecuentemente divididos entre sí por sus principios religiosos, y, sin embargo, siempre hicieron el sacrificio de sus principios religiosos á sus intereses materiales; cuando aquéllos les aconsejaban la guerra y éstos la paz, siempre ajustaron paces entre sí y renunciaron á la guerra. La conducta de la Francia en el siglo XVI nos ofrece un insigne testimonio de esta verdad, que resplandece en todos los anales de la Historia. Mientras que la Francia católica movía guerra cruda á la Alemania católica, tendía una mano llena de socorro á la Alemania protestante. ¿Qué significa esta conducta sino que el principio religioso estaba ya dominado ¹ por el principio del equilibrio europeo? En la tercera época, los Príncipes estuvieron divididos entre sí á causa de sus intereses materiales y de sus principios religiosos, y, sin embargo, siempre sacrificaron sus creencias religiosas y sus intereses materiales á sus principios políticos. Esto sirve

¹ Dominado no, sino traicionado.—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

para explicar por qué vinieron entonces sobre la Francia revolucionaria, unos en pos de otros, todos los pueblos de la Europa, como vienen, unos en pos de otros, los buitres sobre su presa, ó como vinieron sobre Roma, unos en pos de otros, los bárbaros del Norte, guiados por la cólera divina. El mismo principio que sirve para explicar las grandes coaliciones de esta época entre Príncipes y pueblos, divididos entre sí por creencias religiosas y por intereses materiales, explica también satisfactoriamente el texto de los tratados. Con efecto: así en los tratados de París de 30 de Mayo de 1814 y de 20 de Noviembre de 1815, como en el Congreso de Viena, que ha constituido hasta la revolución de Julio el Derecho público de Europa, los Soberanos aliados sacrificaron el equilibrio del mundo á la dominación exclusiva del principio político, que había alcanzado la victoria. Y como para asegurar su dominación en el tiempo presente, y para continuarla sin embarazo en lo futuro, estimasen necesario impedir que la Francia se revolucionase de nuevo, de aquí fué que, para evitar esa catástrofe, sólo pensaron en ponerla diques y rodearla de barreras que bastaran á resistir su impulso en el momento del peligro. Con este único objeto engrandecieron la Prusia, desmembrando la Sajonia; dieron unidad á la Alemania; formaron el Reino de los Países Bajos; aumentaron el poder del Rey de Cerdeña, reuniendo á Génova bajo su Cetro, y fortificaron el lazo federal de la Suiza. El mismo principio que presidió á la redacción de los dos tratados de París, y que dominó exclusivamente en las deliberaciones del Congreso de Viena, dominó también en los Congresos sucesivos de Aquisgrán y de Verona.

Si todo lo dicho hasta aquí está conforme con los hechos consignados en la Historia, me creo autorizado para afirmar que todos los grandes períodos históricos se diferencian entre sí porque en cada uno de ellos domina un principio diferente, y se parecen entre sí: primero, porque en todos domina un principio, y segundo, porque en todos son sacrificadas las alianzas que aconsejan los demás intereses y los demás principios á las alian-

zas que exige el interés y el principio dominante. Me he detenido tanto en dejar asentada y puesta fuera de toda duda esta verdad, porque, como se verá después, importa mucho á mi propósito descubrir la ley fija é invariable que preside á la formación de las ligas, al levantamiento de las guerras, á la aparición de las coaliciones y á la redacción de los tratados.

El principio político fué dominante en Europa mientras que el principio revolucionario no depuso las armas, cansado de combatir en un combate de muerte. Pero lanzado de la península italiana y de la península ibérica cuando la Francia de la restauración estaba representada por los Borbones en los Congresos de los Reyes, el principio revolucionario apareció vencido en la Europa y en el mundo. Entonces sucedió que las cuestiones políticas comenzaron á perder su antigua importancia, y que los Príncipes, deponiendo sus desconfianzas angustiosas y recobrando la perdida serenidad de sus espíritus, apartaron sus ojos del espectáculo de las revoluciones para ocuparse otra vez en las cuestiones gravísimas de intereses materiales y de equilibrio europeo. Comenzaba apenas á manifestarse esa tendencia en los consejos de los Príncipes, cuando la revolución de Julio vino á renovar la faz de la Europa, haciendo prevalecer nuevamente sobre los intereses materiales los intereses políticos.

El tratado de 22 de Abril de 1834 tuvo su origen en este acontecimiento, que no sólo fué una revolución para el pueblo francés, sino también una revolución para el mundo. Con él se rompieron las antiguas alianzas y se alteró profundamente el equilibrio europeo. El Austria, aliada natural de la Inglaterra, se puso al lado de la Rusia; y la Francia, aliada natural de la Rusia, se puso al lado de la Inglaterra, de quien había sido constante enemiga en toda la prolongación de los tiempos históricos. Y, sin embargo, las alianzas quebrantadas entonces no eran efímeras y caprichosas. La alianza entre el Austria y la Inglaterra se fundaba en el temor que la primera tuvo siempre del engrandecimiento de la Rusia, y en el recelo que

tuvo siempre la segunda por el engrandecimiento de la Francia. La alianza entre la Francia y la Rusia no tenía menos sólidos fundamentos. Colocada aquélla en el centro y ésta en el polo de la Europa, no podían existir entre las dos rivalidades ni contiendas. Si á esto se agrega que la Rusia, desde el tiempo de Pedro *el Grande*, tenía puestos sus ojos en el Oriente, en donde más tarde ó más temprano se había de encontrar con la Inglaterra, rival y enemiga de la Francia, no se extrañará que la Francia y la Rusia estuvieran unidas con vínculos estrechos, habiendo entre ellas comunión de odios y comunión de intereses. Su alianza es tan natural, que Alejandro y Napoleón convinieron, cuando la paz de Tilsit, en las bases de un tratado por medio del cual debía dividirse el mundo entre los dos Emperadores. El de Rusia debía imperar en el Oriente: el de la Francia debía ser el árbitro de casi todo el continente europeo. El enlace de Napoleón con una Princesa austriaca y la cuestión de Polonia agriaron después los ánimos de los dos Emperadores hasta el punto de declararse la guerra, resultando para la Francia de su rompimiento con la Rusia: primero, que la Rusia fué el depósito de todas las mercancías de la Inglaterra, y que desde entonces el sistema continental fué imposible; y segundo, que los Ejércitos franceses encontraron dos grandes sepulcros: uno en Rusia, otro en España.

Así, pues, las alianzas que quebrantó la revolución de Julio estaban fundadas en intereses materiales, intereses que no deben olvidar nunca los hombres de Estado, y que no olvidan nunca las naciones. Si la revolución de Julio fué bastante poderosa para trastornar todas las alianzas europeas, esto consistió en que entonces los intereses materiales fueron dominados por los principios políticos, resultando de aquí que los primeros fueron sacrificados, como sucede siempre que el principio político domina á los segundos.

Entonces los Gabinetes, movidos por intereses encontrados, se vieron en la situación más difícil y angustiosa. El Austria tenía que temer mucho del engrandecimiento de la Rusia; pero

temió más la propaganda francesa en el corazón de sus dominios y en sus Estados de Italia. La Prusia no temió menos al autócrata del Norte, separado solamente el espacio de seis jornadas de la capital de su mal trabada Monarquía; pero al mismo tiempo recordaba con profundísimo dolor los días siniestros y amargos en que estuvo á punto de perder su nacionalidad á manos de la Francia después de haber perdido su gloria; vió llena de espanto y de angustia la sublevación de la Bélgica, y sintió acercarse el momento en que cruzase las aguas protectoras del Rhin la bandera tricolor, nuncio de exterminio para ella. La Rusia, en fin, contuvo el ímpetu de sus águilas, prontas á tomar su vuelo sobre Constantinopla y el Oriente, porque vió levantarse sobre su sepulcro, obedeciendo á la evocación de la Francia, el cadáver sangriento y mutilado de Polonia. Así fué como la Rusia, el Austria y la Prusia sofocaron la voz de sus rencores, siendo menos poderoso para separarlas el encuentro de sus intereses materiales, que la identidad de sus principios políticos para hermanarlas y unir las.

Entretanto, la Francia y la Inglaterra, rivales entre sí desde los tiempos más remotos, se dieron por primera vez las manos, movidas por contrarios sentimientos y por distintos intereses. La Francia buscó el apoyo de la Inglaterra, con menoscabo de sus intereses materiales, para hacer prevalecer sus intereses morales y sus principios políticos. Y la Inglaterra, aceptando su amistad, aprovechó la ocasión que le deparaba la fortuna de tener encadenados ó de desencadenar á su antojo los vientos de la discordia por el mundo. Por donde se ve que la revolución de Julio, considerada bajo su aspecto diplomático, sólo fué beneficiosa para la Inglaterra; porque mientras que obligó á todos los Gabinetes de Europa á contraer alianzas contrarias evidentemente á sus intereses materiales, sólo la Inglaterra contrajo una alianza conforme á sus intereses materiales y á sus intereses políticos. Fué conforme á sus intereses políticos, porque la doctrina de la legitimidad de la insurrección de los pueblos contra los Tronos, aclamada por la Francia, era su

propia doctrina. Fué conforme á sus intereses materiales, porque, no teniendo que temer sino de la Francia y de la Rusia, no era probable que la Rusia, siendo enemiga de la Francia, se avanzase sola hacia la India; ni era posible que la Francia, enemistada con la Rusia, tuviese miras contrarias á las de Inglaterra, exponiéndose al riesgo de perder su amistad, que tan necesaria le era á la sazón para tener á raya los Ejércitos del Norte.

Me he detenido tanto en examinar el trastorno producido por la revolución de Julio en las alianzas europeas, porque este examen es á mis ojos necesario para comprender el significado primitivo del tratado de la cuádruple alianza para comprender el significado que ahora tiene y para calcular el que pueda tener más adelante.

Si el fallecimiento de Fernando VII hubiera acaecido antes de la revolución de Julio, la cuestión española hubiera sido resuelta sin duda ninguna de la manera siguiente por las grandes potencias de la Europa. La Francia no hubiera vacilado un momento en apoyar directa ó indirectamente las pretensiones del Príncipe rebelde¹, representante de su interés dinástico y simbolo de sus principios políticos. El Austria también se hubiera puesto de su parte movida por sus intereses políticos y á pesar de sus intereses dinásticos. Las demás potencias del Norte hubieran seguido probablemente su ejemplo. La Inglaterra, por el contrario, se hubiera declarado sin vacilar por Isabel II, no sólo como representante de principios políticos análogos á los suyos, sino también, y más principalmente, porque su elevación al Trono era un golpe dirigido contra la dinastía reinante en Francia. De todo lo cual se deduce que si Fernando VII hubiera fallecido antes de la revolución de Julio, la causa del Príncipe rebelde hubiera encontrado un vigoroso apoyo en los intereses y en los principios á la sazón dominantes en la diplomacia europea. Pero la Providencia apartó de

¹ No era rebelde un Príncipe que tenía conciencia de su derecho á reinar, y que en el triunfo de este derecho contemplaba la ruina de la revolución y del liberalismo, que era y es el verdadero rebelde.—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

nosotros esa gran calamidad haciendo que precediese la revolución de Julio al fallecimiento del último Monarca ¹. Con esa revolución hicimos nuestro al Gabinete francés, puesto que á ella exclusivamente se debió que prevaleciese en sus consejos el interés político sobre el interés dinástico.

De todo lo dicho resulta que la revolución de Julio alteró todas las bases en que descansaba el derecho público de Europa, y subordinó las alianzas reclamadas por los intereses materiales á las alianzas políticas, siendo consecuencia de semejante situación que las nuevas alianzas debían prevalecer sobre las antiguas todo el tiempo que las cuestiones sobre intereses políticos prevaleciesen sobre las cuestiones de intereses materiales, y las antiguas sobre las nuevas desde el momento en que las cuestiones sobre intereses materiales volviesen á prevalecer sobre las de principios políticos. Esto explica todo lo que sin estas consideraciones nos parecería inexplicable en la Historia contemporánea.

En los primeros años que siguieron á la revolución de Julio, la cuestión política, no sólo prevaleció sobre todas las demás, sino que absorbió, si puede decirse así, todas las cuestiones europeas. Por eso la Francia, no sólo favoreció moralmente entonces la dilatación de las ideas liberales, sino que también fué propagandista y hasta conspiradora. Dominada por clubs revolucionarios, franqueó sus tesoros á los que, lacerado el corazón con duros padecimientos y abrumada la mente con ingratas memorias, sólo vivían con la esperanza de vengar agravios antiguos, conquistando su patria perdida y restaurando revoluciones olvidadas. Alrededor del estandarte de los tres colores, que tremoló en otros días sobre todas las capitales de Europa, se agruparon, como si fuera un lábaro de salud, todos los proscritos de la tierra. La fragua revolucionaria comenzó á arder á todos vientos, y con su lumbre se forjaban los rayos que hablan de abatir los Tronos, para que, quedando

¹ Que fué castigarnos, con el mismo azote que envió contra Francia, la divina Providencia. —(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

huérfanas de sus Reyes, vivieran emancipadas las naciones. Para no hablar sino de nosotros mismos, todos saben quiénes fueron los que apoyaron con algo más que con promesas las tentativas contra el Gobierno de Fernando VII, de los emigrados de la península española.

Cuando Isabel II subió al Trono, el peligro inminente de la Francia duraba todavía, y las cuestiones sobre principios políticos eran aún las dominantes en Europa; por eso el Gabinete francés, no sólo se apresuró á reconocer al Gobierno de nuestra Reina, sino que su reconocimiento fué una firma en blanco en donde nosotros éramos dueños de escribir el pacto de nuestra unión y de dictar sus condiciones.

Cuando se celebró el tratado de 22 de Abril de 1834, era mucho menor para la Francia el riesgo de una guerra de principios; pero por ser menor no dejaba todavía de ser grave. La gravedad del riesgo explica la existencia del tratado. Por donde se ve que las alianzas que tuvieron su origen en la revolución de Julio han recorrido las mismas fases que la revolución en donde tuvieron su origen, observándose esto principalmente en la cuestión española. Hubo un tiempo en que la Francia temió hasta por su *existencia*; ése también es el tiempo en que la Francia *conspira*. Mas adelante, si no temió por su existencia, temió por su *seguridad* á lo menos: en ese tiempo *se ofrece*. Después *fluctúa* entre la esperanza y el temor, y en ese tiempo *contrata*.

De lo dicho hasta aquí pueden deducirse las consecuencias siguientes, de las cuales, si algunas son conocidas de muchos, otras lo son de pocos, habiendo entre ellas alguna que hasta ahora de nadie debe haber sido conocida puesto que por nadie ha sido proclamada: 1.ª El vínculo de unión entre Isabel II y el Rey de los franceses tiene su origen en la preponderancia del principio político sobre los intereses materiales, preponderancia que á su vez tiene su origen en la revolución de Julio. 2.ª No habiendo sido formada esa unión por afectos personales, sino por consideraciones políticas, las varias alteraciones y